

ANACRÓNICO RESPLANDOR
Entrevista a Oscar Pelayo, Tenedor de Libros

Juan Manuel Mannarino
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
juam_manuelm@hotmail.com

“A mí siempre tenedor de libros me pareció un oficio cómico; no dejaba de asociar el tenedor con la mesa y su presencia con un libro me desternillaba de la risa” Guillermo Cabrera Infante

Oscar Pelayo se hace llamar Tedy. Lee. Por días. Y vende libros. Desde cualquier ángulo de mirada, en una primera impresión, es Tedy cuerpo y estética de un tiempo ausente: aquel que deambula, a través de bizarras postales de la urbanidad, en el místico baúl de los oficios en vías de extinción. Porque, mal que le pese, la composición “tenedor de libros” ya no constituye una referencia cultural. Menos una categoría laboral. Por consiguiente se resiste, parece decir Tedy, con lo que se tiene: un tablón, cajas de cartón, caballetes. Entonces, no queda otra que sacar lustre a una vieja obstinación: la pasión por la lectura. Y ofrecer ediciones inéditas, viejas, elegantes, de escaso valor y llenas de un perfume íntimo, mínimo. Poner el cuerpo, sí, y pescar algún transeúnte: ese es su mundo. Ofrecer, recomendar, ser escuchado: acciones de la permanencia. Narrar historias detrás de las historias que ni siquiera vende: regala. Tedy: una compilación, una antología casera de la familia que lo rodea. Los libros. Polvo y palidez. Sobre la mesa, sobre su rostro. Tedy es capaz de mantenerse quieto por horas, en silencio, sin otro movimiento que el de la cabeza. Cualquiera diría, de este modo, que es parte de una pintura animada o coreografía de una estatua viviente. Sin embargo, el hombre repudia el aislamiento: escucha, está entre la gente. Por sobre todas las cosas, atrae e invita. Un mínimo de consulta es la entrada laberíntica a un mundo furtivo, mezcla de áspera soledad y asombro pueril. Tiene ansias de socializar lecturas, de compartir anécdotas, de entregar puntos de vista. Así es que, de un minuto para otro y con extraña avidez, descansa la vista y saca a relucir otra de sus pasiones: el monólogo. Mutismo y locuacidad. Quietud y movimiento. Contrastes febriles, bruscos, vertiginosos. Así, entre pieza de colección y alegato contra la decadencia senil, Tedy pasa los días entre los pasillos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP: desorientado, fuera de lugar, aunque enérgico, torpe, vivaz. Flaco como un alfiler, mueve las manos cual director de orquesta, se para, ordena, clasifica los libros, se sienta, cruza las piernas, tose y se moja sus labios secos y arrugados. Pero es esa forma de mirar, por encima de los lentes, el rasgo de mayor tensión: pupilas fulgurantes, pestañeo ansioso, ojos serpenteantes. Que narran con entusiasmo de niño: fechas, historias, autores, editoriales, política, mujeres, poder, existencia.

-Puede precisar por dónde y cómo es que se gestó su conexión con la lectura....

- Sí, creo que descubrí el amor por la literatura en el secundario. Allí tenía un profesor llamado Fernando Lizarralde, que escribía poesía. Él nos acercó obras inmensas. Enseñaba con mucho placer, de un modo tan pasional que luego, por nuestra propia cuenta, fuimos a buscarlas a las bibliotecas y librerías. También fueron muy importantes las charlas de mi abuelo, que era vasco y había llegado en las primeras décadas del siglo pasado. Él no me hablaba de libros, pero sí me narraba cuentos que yo imaginaba a cada momento. Todavía recuerdo muchas de las historias que me susurraba antes de que me fuera a dormir.

-De modo que fueron lugares que trascendían el ámbito doméstico...

-Claro, porque en mi casa casi ni había libros. Mis padres eran gente de oficio sin mucho contacto con la lectura. De cuando en cuando compraban alguna revista, algún diario, pero nada más. Mi madre, al notar mi inquietud por las aventuras, entonces me compró libros de Verne y Salgari. También se enteró que leía historietas y el periódico socialista en la casa de mi abuelo. De modo que no se sorprendió de observarme cada vez más encerrado.

-¿Con qué otras lecturas fue encontrándose después de la adolescencia?

-Salí un poco de las aventuras para chocarme con autores que nos recomendaba el profesor: los rusos, como Tolstoi y Chéjov,

los franceses, Lugones, Rubén Darío, Borges. La curiosidad luego te lleva solita por nuevos descubrimientos: Faulkner, Sábato, la poesía española, Ortega y Gasset. A los veinte años me la pasaba leyendo de todo, hasta leía manuales de biología, de física. Y creo que allí me di cuenta de que nada me atraía más que la literatura.

-¿Por qué?

-Por una razón fundamental: no hay nada más interesante que encontrarse con historias de vida imaginadas como ficción. Uno las cree verdaderas. Las compara con la realidad. Y en esa tarea, la literatura le lleva una ventaja a los escritos científicos: no necesita verificar nada, sólo imagina. Y nos hace imaginar a nosotros. Esa capacidad de la literatura se vincula con el hecho de que nadie como ella sabe retratar el espíritu humano con tanto misterio: la miseria, la felicidad, el amor, el engaño. Todo se vincula con lo que nos pasa a diario en nuestra vida.

-¿Aún sigue conservando imaginarios de sus tiempos de juventud cuando lee ese tipo de historias o la acumulación de conocimiento le otorga un tinte más analítico?

-Un poco de cada cosa. Cuando uno lee tanto, es imposible acordarse de todo lo que leyó. La información se pierde en la memoria. Por eso el valor de releer libros básicos. Hoy por hoy, la pasión por la lectura está cada vez más escondida. Veo mucha carga tecnológica, mucha abulia, mucho pensamiento que inutiliza la ficción. Por mi parte, el tiempo no me alcanza: hay demasiado aún por leer. Me gusta sorprenderme a cada momento, tanto con autores antiguos como con autores nuevos. Soy de la idea de que en nuestro país siempre existió un escenario abierto para los libros. Argentina tiene una larga tradición cultural e histórica de periódicos, revistas y literatura. Hay mucha resistencia todavía como para pensar que los libros han perdido su lugar en la imaginación de la sociedad.

Tedy prefiere la charla informal. A veces conversa, a veces retorna hacia el soliloquio. Se incomoda con las preguntas, no le interesa contar cuestiones más personales y chilla frente al rigor periodístico: "Lo que pasa es que me cuesta responder a un interrogante de forma clara y contundente. Para hablar, me gusta la dispersión, la imprecisión, porque cada vez me cuesta más acordarme de las cosas". Entonces relata que se casó de grande, que tuvo dos hijos que por edades podrían ser sus nietos, y se interrumpe cuando recuerda viejas anécdotas de desencuentros amorosos. "Mejor, no, son muchas cosas, no las pongas", sugiere. Saluda a otros y vuelve a incorporarse; saca libros, se lleva los dedos a la boca, como un cocinero ante el máspreciado manjar: recomienda. Se aprieta las sienes, carraspea, acomoda su traje. En él, se resumen todas las cualidades del viejo oficio: tic nervioso para enfilar una y otra vez los libros, consejos a diestra y siniestra, goce por las tapas duras, rabioso autodidactismo, compendio de frases célebres.

Academias e inquietudes políticas

"Estudié dos años en Ingeniería y después me matriculé en la facultad de Derecho, donde dejé en el último año, cuando ya me estaba por recibir. El paso por la universidad para mí fue clave: ahí conocí amigos, textos, lugares. Tuve una participación política bastante activa. Nunca milité estrictamente pero siempre estuve en contacto con hechos sociales y políticos. Perdí muchos amigos por la dictadura y aún antes. Creo que también tuvo que ver el contexto en el que me encontraba, que alentaba todo tipo de discusiones y ponía en tela de juicio mecanismos tradicionales de la política. Eso llevaba directamente a que uno se interesara y participara. Fue a partir de la década del cincuenta para adelante donde empecé a percibir estos cambios en mi personalidad. Ayudó a que siempre fuera un autodidacta empedernido y tuviera un aprecio muy estimable hacia las obras que consideraba importantes. En mi opinión, es a partir de las presidencias de Frondizi e Illia que comienza el gran debate público por cualquier tema, incluso sin que éstos lo propusiesen. Las revoluciones estaban a la orden del día y todo podía cambiar. Onganía eso no lo pudo barrer. Tampoco la última dictadura militar. El fervor cultural, digo. Creo que eso es lo que ha quedado en las grandes ciudades o en lugares como La Plata, donde sigue habiendo muchas librerías, teatro, cine, conferencias, murgas, danzas, grupos musicales. Sin embargo, creo que nunca se ha vuelto a aquel nivel de los '60. La tecnología ayudó, con todos sus avances, a que desapareciera paulatinamente el espíritu humano entre nosotros".

Librerías I

"La primer librería que abrí fue *"El león herbívoro"*, en 1973. Duró un año. Estaba en la calle 55 y diagonal 79. El año anterior me había ido de viaje a Europa y allí pensé qué podía hacer con mi vida. Así que elegí abrir una librería como una decisión de vida. Pero los resultados fueron malos. Después me asocié con otro librero y abrimos *"Libraco"*, en la calle 6 y 46. Ahí duré cerca de dos años y medio y todavía recuerdo a muchísimos escritores y universitarios que se acercaban para discutir sobre cambios

sociales, estéticos y políticos. Esa fue una edad de oro para la librería. En 1975 abrimos “Capítulo II” en la calle 6 entre 47 y 48 y luego me fui a España”.

España

“Me radiqué en Madrid. Fueron tiempos duros, angustiantes, de incertidumbre. Así que para no deprimirme abrí una nueva librería: “Cartucho” (noviembre del `76). El nombre no era por el explosivo (se ríe) sino por una anécdota literaria. Ese era un lugar de reunión muy importante para la diáspora argentina, se discutía muy enérgicamente sobre el destino de la dictadura. Muchos de nosotros nos poníamos muy nerviosos por el destino de nuestros conocidos. En 1977, por intermedio de Héctor Tizón (abogado y escritor argentino) entré a trabajar en la editorial Nueva Visión donde realicé tareas de corretaje de libros. A través de esta tarea, me conocí Madrid como la palma de mi mano. Después cerré la librería. Pero la actividad más importante vino luego. Estuve como encargado de la librería Cincel-Kapelusz cerca de tres años y medio. A fines del `82, sin saber todavía muy bien por qué, volví a la Argentina”.

Regreso

“Fue una vuelta con muchas dudas. Pero influenciaron varias cosas. Mi padre había fallecido cuando yo estaba en España y eso para mí fue un golpe muy duro. Además había nacido mi primer hijo en Madrid. Desde allí que no pude volver nunca más a España. Allá dejé muchas cosas: amigos, sentimientos, sensaciones. Te diría que a partir de ahí es que tengo el corazón dividido. Incluso conozco más España que Argentina, aunque viví más tiempo acá. Es difícil luchar contra la vida de uno. Con las cosas que uno dejó cuando se fue a otro sitio. Ese fue el fundamento de mi regreso. Luego las cosas se pusieron bastante duras. Con los sucesos de Semana Santa, en el gobierno de Alfonsín, habíamos sacado pasajes para volver. Teníamos todo listo para irnos porque temíamos lo peor. Pero me quedé. En el `84 trabajé en una empresa de electricidad y después volví a lo mío, casi en el momento más impensado”.

Librerías II

“En el `89 abrí la librería “Del buen aire” que funcionó en dos lugares distintos, hasta el 2001. Comercialmente me fue mal, tuve muchos disgustos, peleas con socios, pero fue una librería como las que yo quería, más artesanal. Creo que no rindió, fundamentalmente porque no la encaré de modo comercial. Es difícil encontrar un trabajo que al mismo tiempo sea placer. Lo difícil es mantenerlo. En esa librería tenía un sitio preferencial de “autores olvidados”, donde había una cantidad de ejemplares que todavía conservo de obras que no se volvieron a editar jamás. Ese es un problema insalvable, porque las últimas generaciones desconocen cada vez más a autores importantísimos del pasado. Tengo ganas de vincularme con un conocido que planea abrir una editorial para publicar estas obras y hacer un programa de radio, o algo así, para difundirlas”.

Vuelve a clasificar las cajas. La literatura es la niña mimada: se exhibe radiante, solemne, por sobre los textos de historia, filosofía y divulgación científica. Las tintas que allí guarda son como un viejo tesoro que dan la cara ante la peor derrota del oficio: el cierre de la librería. El nomadismo, por consiguiente, fue la opción que disparó la crisis: como un estado que no se elige, sino que se encuentra en el fondo del despojamiento. En efecto, a partir de un soterrado desafío ante la árida condición de la ruina, lo último que quisiera este personaje sería desprenderse de sus libros: por eso es que la esencia de su existencia radica en mostrarlos y no tanto en venderlos. Quizás esa rara condición de subsistencia es lo que lo diferencia y lo asemeja, al mismo tiempo, de una gran cantidad de librerías que, trazo mediante, se arremolinan en veredas, ferias, entradas de facultades y plazas ofreciendo libros como caramelos para gambetear por un rato la mishiadura.

“El oficio de tenedor de libros consiste en el sólo hecho de recomendar un buen libro”, se consuela, aunque no haya rastros de nostalgia en las curvadas líneas de arrugas que surcan la piel seca ni tonos de lamento en la voz desvelada, lúdica, grandilocuente. “Ni más ni menos”, agrega.

Se arremanga y habla con orgullo de su hija, bailarina del cuerpo de ballet del Teatro Colón. Luego retorna a los problemas de la soledad, a los enigmas de la condición humana, se pregunta por qué las cátedras académicas ya no organizan mesas de debate (“Sería enriquecedor que cada profesor invite a distintos pensadores: teóricos, novelistas, cineastas, directores de teatro y que los alumnos se inquieten con preguntas y dudas”), de los usos de Rodolfo Walsh y Haroldo Conti en la facultad (“Me gustaría saber cuántos de estos jóvenes conocen las obras completas de los escritores que ponen en sus banderas”), de la ortodoxia autoritaria de la izquierda (“Se atenta contra el pensamiento. Tanto la derecha como la izquierda. Se idolatran bustos sin cuestionarlos. Me acuerdo cuando leía a Ortega y Gasset y algunos compañeros marxistas lo rechazaban porque había sido liberal. ¿Y por eso nos vamos a perder a un excelente pensador?), de sus encuentros con Ernesto Sabato y Héctor Tizón (“De Sabato me decepcionó su

imagen pública después de haber amparado a la dictadura. Es un escritor descomunal. Tanto como Tizón, pero sin la coherencia de éste”), *de Raúl Castells y la concentración demagógica del dolor* (“Los mesianismos son dañinos para cualquier tipo de organización. Es campaña electoral barata”). *Hace una pausa y regresa, como si hubiera olvidado una sensación en algún rincón del tiempo*. “Si tuviera la posibilidad concreta de abrir una librería, no dudaría en hacerlo. Aunque me funda económicamente, ese es mi mayor sueño. Yo le debo todo a los libros: ellos dieron sentido a mi vida. Y les tengo que devolver el favor todo el tiempo. Estar acá en la facultad me permite no envejecer porque estoy en contacto con gente joven. De este modo se siente menos el cierre de mi última librería. Pero nada se compara con el hecho de estar trabajando dentro de un local”, *dice*.

Respira agitadamente. Y saca del pequeño manual de sugerencias, antes de guardar las cajas en un depósito de la facultad, uno de sus tantos aforismos: “Cuando uno se encuentra con una persona talentosa, inteligente, se concreta el mayor momento del aprendizaje: abriendo las orejas como un elefante. Acordate. Tomalo como un consejo de un abuelo de 67 años”.